

Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Julio 2021 • Número 150 • centrohistorico.cdmx.gob.mx

EJEMPLAR GRATUITO

CentArte

Academia de San Carlos

Rastros

El pulque en las antiguas calles

¡CUMPLIMOS
13
AÑOS!



El Centro Histórico: Un crisol de cosmovisiones



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA Y DE
DERECHOS / NUESTRA CASA

El Centro: sus cosmovisiones y rastros arquitectónicos

DECÍA OCTAVIO PAZ QUE LA ARQUITECTURA ERA «EL TESTIGO INSOBORNABLE de la historia, porque no se puede hablar de un gran edificio sin reconocer en él el testigo de una época, su cultura, su sociedad, sus intenciones...». En el caso del Centro Histórico de la Ciudad de México esto parece innegable. Basta recorrer sus calles para ver no solo grandes construcciones que hoy forman parte de nuestro patrimonio, sino otras cosas, como las visiones del mundo que las animaron y que, en su momento, definieron la esencia de la ciudad.

En este número invitamos a los lectores a pensar en el Centro no solo como una sucesión de capas históricas, sino como un mosaico de visiones del mundo, encarnadas en algunos referentes arquitectónicos de distintas épocas: desde el Templo Mayor, que representa el momento prehispánico, hasta los edificios corporativos y primeros rascacielos de la ciudad, que representan la etapa moderna, pasando por las etapas definidas por los valores eclesiásticos y la consolidación de la nación laica.

Esperamos que lo disfruten.

Los editores



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Monte de Piedad

POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR MARÍA OROZCO

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 13, NÚMERO 150. FECHA DE IMPRESIÓN: 24 DE JUNIO DE 2021

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 2, 4, 7, 10, 12, 15-18, 20-25), **Arturo García** (pp. 4-7, 13-14, 17) y **Gustavo Ruiz** (pp. 19, 21) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gil Camargo, Lorena Cuevas Solagaistua, Ricardo Figueroa, Rodrigo Flores Sánchez, David Galicia Sánchez, María Orozco** y **Carina Viquez** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974 55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

[KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02

Centro en cocción

Caldos de gallina en Ayuntamiento



22

CentrArte

Academia de San Carlos



26

Rastros

El pulque en las antiguas calles



08

A fondo

Las cosmovisiones de la ciudad y sus rastros arquitectónicos



06 Instantáneas



30 Cartelera



32 Niños

Mi Jacalito: un tesoro gastronómico

POR LORENA CUEVAS SOLAGAISTUA

Con una tradición familiar de tres generaciones, estos locales hermanos de la calle de Ayuntamiento forman parte de la oferta gastronómica del Centro Histórico.

EN EL NÚMERO 41 DE LA CALLE DE AYUNTAMIENTO, ENTRE Dolores y Luis Moya y a una cuadra del Mercado de San Juan, se encuentra Mi Jacalito, un local que durante años fue el refugio de los locutores de la famosa estación radiofónica XEW, quienes, como muchos otros parroquianos, no perdonaban la especialidad del lugar: caldo de gallina casero y tortillas hechas a mano.

La historia del local comienza conjuntamente con Rogelio Estrada, originario de Toluca, quien al llegar a la Ciudad de México decidió abrir su propio negocio de comida. En un inicio se encontraba por los rumbos de la Merced, pero muy pronto lo traspasó a la calle de Ayuntamiento. Aprovechó ese momento para comprar el local contiguo, al que bautizó con el nombre de El Paisa. Ambos ofrecían el mismo menú, la idea de tener los dos juntos era que los transeúntes se vieran seducidos por uno o por otro.

«Van a pasar por aquí sí o sí, ya vengan de un lado o de otro de la banqueta». Así lo explica Juan, nieto del fundador y tercera generación de los Estrada en dirigir el negocio familiar. Juan es el encargado de Mi Jacalito, mientras que su padre, Raúl, dirige El Paisa. Hoy en día la cocina es la misma en ambos locales y solo varía ligeramente la sazón, «cada quien pone un poco de su cosecha, es como una sana competencia familiar para ver quién tiene la mejor mano».

Juan cuenta cómo su abuelo comenzó a cocinar una pasta de mole especial y un caldo de gallina «estilo Indianilla» (que en su nombre mantiene viva la memoria y el antiguo nombre del barrio que ahora conocemos como colonia Doctores, pues eran famosos los platos humeantes que se ofrecían por aquellos rumbos, en especial para trasnochados y trabajadores de la estación de trenes).



Centro en cocción



El señor Estrada alcanzó tal éxito que pronto el negocio tuvo que permanecer abierto las veinticuatro horas para atender a la clientela que acudía en cualquier momento. Esto no solo se debía a su cercanía con la estación de radio, sino porque a unos pocos metros, del otro lado de la calle, en aquel tiempo había un bar y los parroquianos solían pasar por un plato de consomé antes de regresar a sus hogares. Esta tradición se arraigó tanto en la zona que rebautizaron informalmente a Mi Jacalito como el sitio de «los caldos *levantamuertos*». Y no era una exageración: el sabor especial del caldo y el picante son óptimos para devolverle la vida a cualquiera.

El responsable de esa magia es el señor José, mejor conocido como «Don Che», quien desde hace más de veinte años recibe detrás de los fogones a la clientela que entra

en el local. El caldo aumenta su magia cuando se le añade una mezcla secreta de la casa, que contiene, entre otros ingredientes, chile piquín y de árbol, tan especial y única que ha provocado que algunas personas hayan intentado comprarla y, al no estar en venta, se la lleven guardada en servilletas.

Además del caldo, hay otras especialidades como el mole, las enchiladas verdes y las tortillas de maíz hechas a mano por Flor, mujer chiapaneca que en la esquina izquierda del local las elabora con tesón y cariño. Quizá ese sea el secreto que las haya convertido, para muchos, en unas de las mejores tortillas de la ciudad. Una novedad incorporada de manera más reciente al menú fue el guacamole, con un sabor espectacular solo apto para los paladares más atrevidos, ya que su nivel de picor es una de las características



que lo distingue. Respecto a las bebidas las aguas de sabores que ofrecen no se quedan atrás; las hay de mango, fresa y horchata; o la famosa agua verde, el éxito de la casa hecha a base de piña, guayaba y apio.

La buena calidad de su menú junto con los precios económicos de lo que ahí se sirve han sido elementos fundamentales para comprender su éxito, que, lejos de disminuir, ha aumentado con el paso del tiempo. Juan narra que cuentan con una clientela fiel, la cual ayudó a mantener sus puertas abiertas durante la etapa más cruda del confinamiento, ya que la demanda nunca paró. Y además, como sucede con muchos establecimientos que ayudan a forjar la identidad del Centro, es habitual que lleguen personas adultas que regresan a Mi Jacalito porque en su infancia solían venir con sus padres y ahora vuelven con sus hijos.

Mi Jacalito y El Paisa, su local hermano, están abiertos todos los días del año. Son negocios tradicionales y familiares que ya forman parte de la historia de la ciudad. Testigos cotidianos de la transformación de la zona, los Estrada han presenciado cómo muchos de los negocios aledaños han ido yendo y viniendo, mientras que ellos aún continúan ahí. Juan y su madre Leticia, que colabora en la cocina, esperan que el negocio siga muchos años más porque se trata de «un negocio muy noble que conlleva responsabilidad y enseñanza. Son más de tres generaciones, lo cual es algo que se dice fácil, pero que representa años de trabajo, esfuerzo y atención a los clientes».

.....
Mi Jacalito (Ayuntamiento 41). Lunes a domingo, de 8 a 19 horas.

La imagen del día

La ciudad surgió por causa de las necesidades de la vida, pero existe ahora para vivir bien.

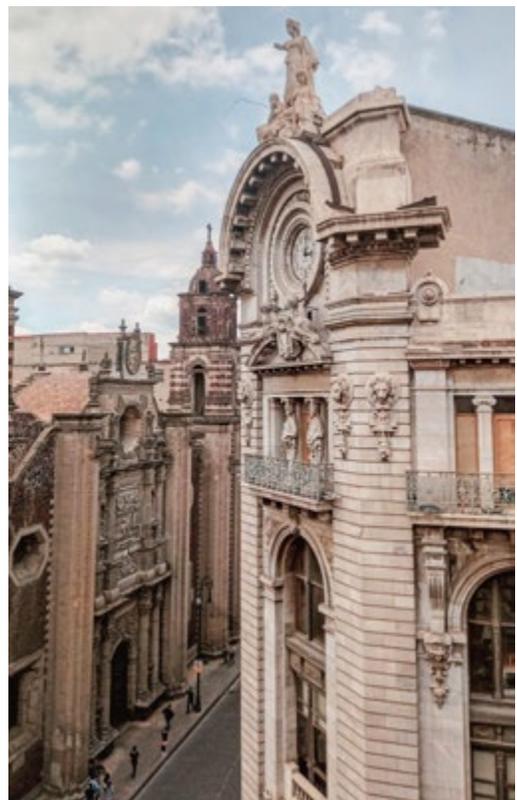
Aristóteles



Pegaso de Querol en reflejo, César Antonio Serrano Camargo



Catedralicia, Gustavo Emilio Elías Tagle



Nunca estamos quietos, somos trashumantes, Ilian Santillán



Entre la vida y la soledad, Elvira Zúñiga



Patio oval, Antonio Sevilla



Cálida tarde, Francisco Parra



Presente y pasado, Ivonne Romero

¿Quieres ver tu foto publicada
como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevistach@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales:

 [@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)
 [KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

UN CRISOL DE COSMOVISIONES

POR DAVID GALICIA SÁNCHEZ

Basta recorrer las calles del Centro Histórico para entender que aquí no solo convergen distintas etapas de la historia. En este sitio también se dan la mano huellas materiales de distintas formas de entender el mundo y el universo, que en otros tiempos definieron lo que fue la ciudad, desde los aspectos religiosos, militares, civiles y mercantiles, creando sucesivas capas que la han dotado de riqueza y complejidad.



EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO LLEVA EN su nombre una vocación de origen ancestral: ser el lugar donde convergen caminos, edificios y personas. Durante años, ha sido el núcleo de la ciudad, uno de los sitios más concurridos, donde diariamente se desarrollan de manera intensa las actividades culturales, comerciales, religiosas, administrativas y de muchos otros tipos.

A lo largo del tiempo, el Centro también ha sido el lugar donde se han asentado distintas poblaciones, cada una con su propia manera de concebir y explicar la realidad de su tiempo, desde las tribus prehispánicas, las poblaciones vi-reinales, las sociedades de las primeras décadas del México independiente y las que a partir del siglo xx consolidaron la noción del país que conocemos, hasta la sociedad actual.

De todas esas cosmovisiones han quedado algunos testimonios y rastros, como los arquitectónicos. De tal manera que muchos de los edificios que lo conforman, además de ser vestigios invaluable de las sociedades que nos precedieron, aportan una idea de cómo las personas interpretaban el momento que les tocó vivir.

Los vestigios del Templo Mayor de la antigua ciudad de Tenochtitlan son la muestra arquitectónica más antigua que se preserva de una cosmovisión en esta parte de la ciudad. El gran conjunto ceremonial, del que destacan por su tamaño e importancia los templos dedicados a Tláloc y a Huitzilopochtli, era para los mexicas el *axis mundi*, es decir, el centro del universo; desde ahí partían los cuatro rumbos cardinales, así como los planos celestes y el inframundo.





Templo Mayor

El Templo Mayor fue el centro de la vida política y religiosa de la sociedad mexicana. Además de las estructuras dedicadas a Tláloc y a Huitzilopochtli, que son parte de una de las primeras etapas constructivas del recinto, en este complejo también hay otras estructuras, como la Casa de las Águilas. El arqueólogo e historiador Eduardo Matos Moctezuma describe el ritual que realizaban los *tlatoanis* en este lugar: salían por la puerta que da al poniente para seguir el camino del Sol hacia ese punto. El vestíbulo los llevaría hacia otra puerta que da al norte, donde se encontraban figuras de Mictlantecuhtli, en dirección del lugar de los muertos o Mictlan, de tal manera que el recorrido se realizaba desde el nacimiento del Sol hasta su ocaso.

Muy cerca de los principales adoratorios del Templo Mayor se encontraba el Calmécac, cuyos restos pueden admirarse en el edificio que alberga al Centro Cultural de España, en la calle de República de Guatemala. El Calmécac fue el colegio donde los hijos de los nobles mexicanos se

preparaban para ser guerreros de élite, sacerdotes y para dirigir la ciudad.

A unos pasos del Centro Cultural de España fueron hallados los restos del antiguo *tzompantli*, una estructura elaborada con argamasa y cráneos que podrían haber pertenecido a personas sacrificadas en honor de los dioses, pero también a enemigos que fueron colocados ahí a manera de trofeo y como una especie de advertencia.

Estos ejemplos de la arquitectura mexicana muestran cómo el pensamiento religioso, presente en casi todos los aspectos de esa sociedad, convivía con otras actividades como la educación o la guerra.

Pocos días después de consumar la conquista de Tenochtitlan, en 1521, Hernán Cortés ordenó a sus hombres salir de la ciudad en ruinas y entonces se retiraron a Coyoacán. Debía tomar una decisión: erigir ahí la nueva ciudad española o en el islote que había sido el centro político y militar de los mexicanos. Se decidió por la segunda opción y ese fue



Museo de Sitio del Centro Cultural España



uno de los momentos que dieron origen al Centro Histórico mestizo que se desarrolló más tarde, porque ese espacio volvería a ser el punto de origen no solo de una ciudad, sino de una nueva cosmovisión, en la que la religión también desempeñaría un papel fundamental. El trazo de la nueva ciudad en el espacio que ocupaban los principales recintos mexicas quedó a cargo, por orden de Cortés, del soldado y alarife Alonso García Bravo.

Durante su participación en el Quinto Coloquio de Arqueología Histórica, en junio de 2019, el historiador Luis Gerardo Huitrón Flores explicó que la demolición del Templo Mayor representó un reto para la nueva traza, por lo que se tuvo que adecuar a la presencia del gran *teocalli*; ese fue el motivo, dijo, por el cual el nuevo centro de la ciudad española se desplazó hacia la zona inmediata más desocupada y el antiguo núcleo mexica quedó descentrado.

De acuerdo con el historiador, la demolición de otros templos menores del recinto ceremonial dio origen a una

gran área despejada en forma rectangular, donde actualmente se encuentra la Catedral Metropolitana. «Este gran espacio rectangular estaba limitado al norte por la calle de las Escalerillas, al sur por la Acequia Real, al este por el Palacio de Moctezuma y al oeste por el Palacio de Axayácatl, representando la primera plaza de la Ciudad de México, la cual hoy ya no existe», precisó.

A partir de ese momento, este espacio articuló la ciudad española en su primera etapa y sus rasgos iniciales estuvieron estrechamente ligados al motivo de su nacimiento: la guerra. Cortés la concibió como una ciudad fortaleza, en consecuencia, los primeros edificios en construirse fueron estratégicos, por ejemplo, las atarazanas, una fortaleza erigida al oriente, en los terrenos donde hoy se encuentran la garita y el templo de San Lázaro. En esta construcción, protegida por diques, se resguardaron los bergantines esenciales para que los soldados españoles lograran sitiar Tenochtitlan.



Monte de Piedad

En su obra *Historia sumaria de la Ciudad de México*, Jesús Galindo y Villa describe así las casas de las primeras familias españolas que habitaron la nueva ciudad: «fueron levantándose con almenas, con torreones y aspectos de verdaderas fortalezas... las más eran de cal y canto, con fuerte viguería y techos de azotea; con pocas puertas para la calle, escasísimas ventanas y balcones con antepecho de piedra. En el interior tenían grandes patios... con cuadras para caballos, salas de armas (las de la gente acomodada), etcétera; de tal manera que en esos tiempos la ciudad debió parecer más campamento que población».

Para su residencia Cortés, tomó el predio donde se encontraba el palacio de Axayácatl, en el lugar donde hoy se encuentra la sede del Nacional Monte de Piedad y que para 1525

fue la sede temporal del primer Cabildo de la Nueva España.

En 1522 se comenzó a construir otra residencia privada de Hernán Cortés, sobre una parte de lo que fue el palacio de Moctezuma Xocoyotzin, muy cerca del Templo Mayor. Posteriormente, esta residencia fue adquirida por la corona para ser la sede de los virreyes de la Nueva España y de otras instituciones coloniales y que hoy es el Palacio Nacional.

Tres años más tarde inició la construcción de la primera catedral, de la cual no se conocen detalles abundantes; al parecer era pequeña y se encontraba en las inmediaciones de la plaza principal.

Este primer núcleo de construcciones novohispanas, del que solo se conservan muy pocos vestigios, como los restos de algunas columnas, fue el reflejo de una cosmovisión en la



Palacio Nacional

que el poder religioso, político y militar dirigía los destinos de la sociedad y marcaba las pautas de vida de los habitantes de aquel antiguo Centro.

En los años posteriores, cuando los soldados habían salido del campo de batalla para habitar sus nuevas casas, inició otro proceso de conquista determinado también por la cosmovisión novohispana, una conquista ideológica y espiritual que se puede conocer a través de numerosos edificios construidos durante los trescientos años de la etapa virreinal: la evangelización.

Las autoridades y el clero novohispano estaban convencidos de que había que eliminar por completo el pensamiento y la cosmovisión indígena y colocar en su lugar el pensamiento cristiano. Bajo este argumento se destruyó

lo quedaba de los templos mexicas, muchas veces a manos de los propios conquistados, quienes fueron obligados a derribar sus ídolos y lo que aún quedaba de Tenochtitlan, incluso a expensas de sus propias vidas, para edificar, ellos mismos, los templos de la nueva ciudad española.

Algunos cronistas de la época, como Toribio de Benavente Motolinía describen en sus textos que para hacer las iglesias tomaron la piedra y la madera de los templos y casas que aún quedaban en pie. En el museo de sitio del Templo Mayor se conservan algunas piedras que fueron labradas a manera de columnas para los primeros templos novohispanos, pero en la base de estas piedras es posible apreciar que eran piezas talladas con motivos prehispánicos, pues formaban parte de los adoratorios mexicas.



Ex convento de San Francisco

Conforme la cosmovisión española se fue imponiendo a la prehispánica, aparecieron nuevas iglesias y conventos que se convirtieron en centros de evangelización. Y en la medida en que la iglesia consolidó su poder durante los tres siglos siguientes, los templos crecieron en sus dimensiones y en lo profuso de sus ornamentos.

Uno de los ejemplos más notables por sus dimensiones y por su relevancia en el proceso de evangelización fue el convento de San Francisco, que ocupó un amplio espacio dentro de los límites que conforman hoy las calles de Francisco I. Madero, Bolívar, Venustiano Carranza y el Eje Central.

En el atrio se encontraban las capillas de los Santos Lugares, el Calvario, San Antonio de Padua y de Aranzazú, esta última inaugurada en 1692 y cuyos ornamentos reflejaban el poder y la influencia del clero en aquella época. De

acuerdo con un inventario de 1720, la virgen del altar mayor estaba adornada con ciento ochenta esmeraldas en el traje, setenta y cuatro diamantes en el velo y una gran cantidad de brazaletes de perlas.

De lo que fue ese gran convento, hoy solo se conservan el templo y la capilla de la Balvanera –que comparte nombre con el templo situado sobre República de Uruguay–, a la cual se puede acceder por la calle de Madero.

Pero la cosmovisión católica no ha sido la única. A lo largo de su existencia, el Centro Histórico ha alojado otros cultos cuyos templos, incluso, han contribuido a darle identidad a algunas zonas de este espacio. Un ejemplo es la comunidad judía que se estableció a inicios del siglo xx en las calles cercanas al mercado de La Merced, como Loreto, Manzanares, Jesús María y San Antonio Tomatlán.



Sinagoga histórica de la calle Justo Sierra

En estas calles la comunidad judía se arraigó y comenzó a emprender negocios. En una entrevista que concedió para el periódico *El Universal*, la investigadora Mónica Unikel-Fasja explica que las vecindades fueron espacios clave para la vida de esta comunidad. «Algunas en antiguos claustros conventuales con enormes patios, otras pequeñas que agrupaban a tres o cuatro familias alrededor de un patio, centro de la vida social de aquellos tiempos, donde comentaban las cartas recibidas y las experiencias vividas en estas lejanas tierras. Lo interesante de la vida en vecindad es que compartían el espacio con gente de otras religiones y geografías».

Ruth Gómez y Carlos Villasana refieren que, con una visión enfocada en el comercio, las personas judías con o sin carrera universitaria encontraron en el ambulante su prin-



cipal fuente de ingresos, de tal manera que cada vez fue más común ver en las calles, en el mercado y en las vecindades a personajes de tez blanca con saco, gorra y «chácharas» colgando de su cuerpo, que ofrecían sus productos en un español poco entendible.

Unikel-Fasja también destaca el caso de la calle de Jesús María, donde surgieron varias tiendas de abarrotes judíos, «panaderías donde se podía comprar la *jalá*, pan trenzado que se usa los viernes en la cena de *Shabat*, así como pan evaporado, de cebolla, de centeno o el pan ázimo para la celebración de *Pésaj*, la Pascua judía».

También apunta que en esa calle hubo varias casas destinadas a la oración, como la de Salomón Lobatón, el primer rabino que llegó a México, la cual funcionó como sinagoga y casa de estudios en tiempos de la Revolución Mexicana.



Templo de Balvanera

Hoy en día, varios comercios de propietarios judíos continúan operando en el Centro Histórico, por ejemplo, las tiendas de textiles en las calles de Mixcalco, Jesús María y Guatemala, los cuales, de acuerdo con Ruth Gómez y Carlos Villasana, se pueden identificar por la *mezuzá* (un pergamino con versículos de la Torá) colocada en los dinteles de las puertas. Asimismo, refieren que en otras zonas del Centro hay varios ramos comerciales que mantienen activa a la sinagoga erigida por la comunidad judía en el número 71 de la calle de Justo Sierra, frente a la Plaza de Loreto, conocida hoy como Sinagoga Histórica.

Otros templos, como la iglesia de Porta Coeli o santuario del Señor del Veneno, en la calle de Venustiano Carranza, o la Catedral de Nuestra Señora de Balvanera, en República de Uruguay y Correo Mayor, son ejemplos de construcciones

que albergan credos derivados del catolicismo, con raíces sirias y orientales, como el greco-melquita y el maronita, que se instituyeron ahí para atender las necesidades de las comunidades practicantes de estos ritos.

Después de haberse consumado la Independencia en 1821, México atravesó por un intenso periodo de cambios en su organización política. Ya se había logrado el objetivo de ser una nación independiente, pero conciliar a los grupos que defendían ideas contrarias para consolidar una forma de gobierno y dotar al nuevo país de una identidad fue un proceso que se extendió hasta los primeros años del siglo xx.

La iglesia continuó siendo una institución preponderante, sin embargo, al cabo de unas décadas su poder fue acotado. En 1859, el presidente Benito Juárez expidió una



Iglesia de Porta Coeli



serie de leyes, entre ellas, la Ley de Nacionalización de los Bienes Eclesiásticos, por la cual todas las propiedades de la iglesia pasaron al dominio de la nación.

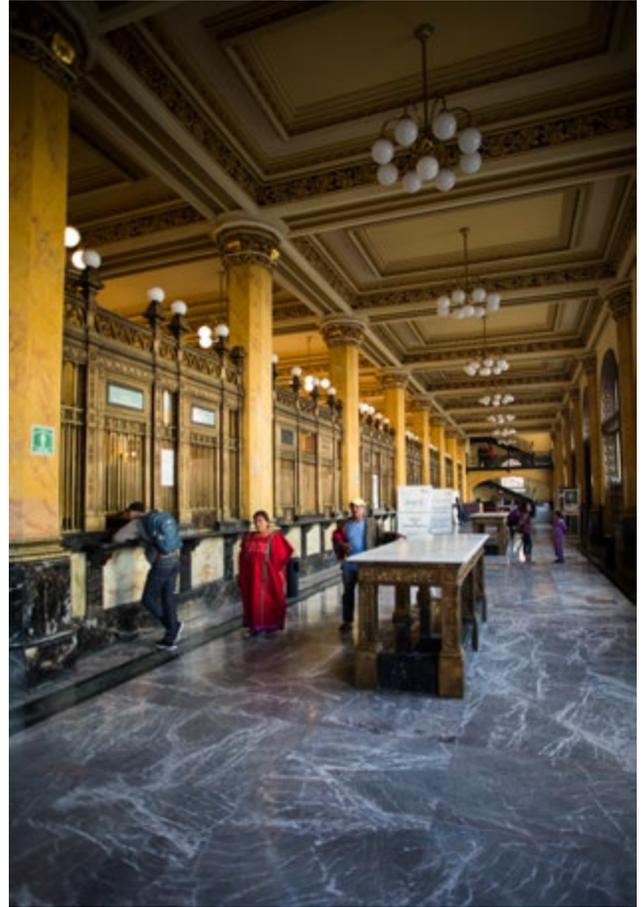
A raíz de esta reforma se llevó a cabo lo que el historiador Guillermo Tovar de Teresa calificó como «una verdadera hazaña» en su obra *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*: demoler decenas de edificios en unos cuantos meses. «Los habitantes de la ciudad –dice– se acostumbraron a oír los golpes de piquetas, barretas, desplomes y otros efectos sonoros típicos de las demoliciones... Santo Domingo salvó su iglesia grande; la barda, la portería y otras muchas dependencias fueron aniquiladas por la piqueta para abrir la calle de Leandro Valle... San Agustín fue desmantelado. El convento fue modificado en parte y en parte demolido. La iglesia se convirtió en Biblioteca Nacional».

Esta reseña de Tovar y de Teresa ilustra cómo la cosmovisión eminentemente religiosa que había predominado en el virreinato y sobrevivido durante los primeros años del México independiente fue casi arrasada por completo por otra que favorecía el poder civil separado del clero. Esto se expresó, de nuevo, en la arquitectura, pero no solo mediante la construcción de edificios sino también por lo que se demolió, o sustituyendo sus usos rituales por otros de carácter civil, administrativo, militar o político.

A esto se debe, por ejemplo, que del enorme convento de San Francisco solo hayan sobrevivido hasta nuestros días un templo y una capilla; el resto fue demolido, al igual que otras iglesias, conventos y hospitales que eran propiedad del clero, algunos más simplemente quedaron abandonados.



Palacio de Bellas Artes



Palacio Postal

En las siguientes décadas, los espacios que dejaron las construcciones derribadas fueron ocupados por otras y las que estaban en abandono se destinaron a otros usos, pero ya no de carácter ritual.

Es así como el Centro Histórico, lleno de huecos entre sus calles, entró al porfirismo a finales del siglo XIX, una etapa de grandes cambios determinados por un afán modernizador y la idea de colocar a la ciudad a la altura de las mejores de Europa.

En los primeros años del siglo XX, el régimen de Porfirio Díaz llevó a cabo varias obras de infraestructura que le dieron a la Ciudad de México un sello distintivo. Uno de los ejemplos más notables es el Palacio de Bellas Artes.

Concebido como un nuevo teatro nacional, que sustituiría al que se encontraba en la calle de Vergara (hoy Bolívar), la construcción del recinto, a cargo del arquitecto italiano Adamo Boari, inició en 1904 a un costado de la Alameda, en el espacio que ocupó el convento de Santa Isabel, pero fue interrumpida por el estallido de la Revolución en 1910. Fue

hasta 1930 que el arquitecto mexicano Federico E. Mariscal retomó los trabajos y el palacio fue inaugurado en 1934.

El inmueble conjunta varios estilos arquitectónicos, entre los que destacan el *art nouveau* en su exterior y el *art déco* en el interior. Y aunque no fue una obra concluida en la etapa porfirista, la suntuosidad de sus ornamentos, así como la calidad de los materiales con los que fue elaborado hacen de él uno de los edificios más representativos de la arquitectura de inicios del siglo XX en México.

Muy cerca de ahí, en la esquina de Tacuba y el Eje Central, inició la construcción en 1902 del nuevo Palacio Postal, en el espacio donde estuvo el Hospital de Terceros.

El edificio creado para satisfacer la gran demanda del servicio postal que había a inicios del siglo XX cuenta con cuatro niveles y cinco fachadas revestidas con cantera de Chiluca labrada y está adornado con gárgolas y farolas. Una de las fachadas ostenta un reloj monumental importado de Alemania que fue ensamblado en México. En el interior destaca

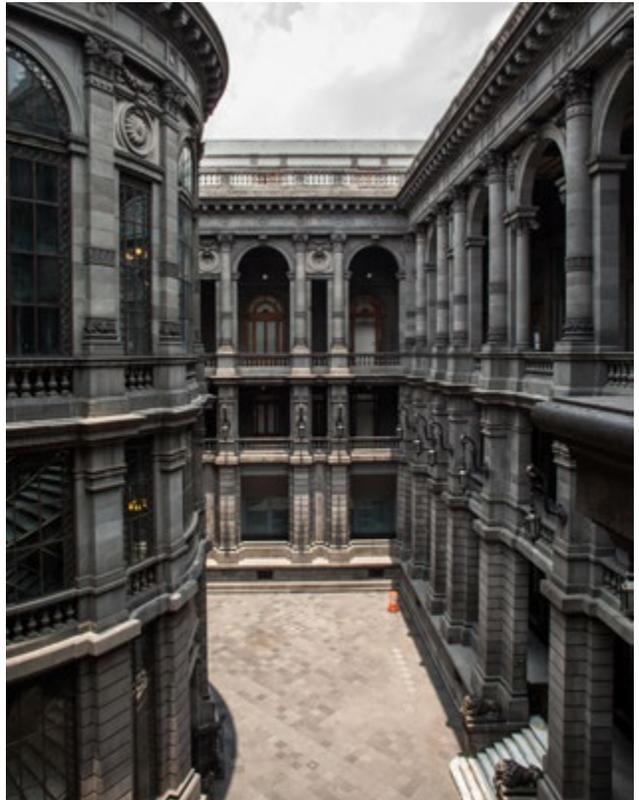


Palacio Postal

la escalinata construida con mármol mexicano y herrería de bronce elaborada por la Fondería Pignone de Florencia.

También en el espacio que ocupó un hospital, otro suntuoso inmueble porfiriano fue erigido a unos pasos del nuevo recinto postal: el de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, que hoy en día alberga al Museo Nacional de Arte (Munal).

Como apunta Guadalupe Lozada León, «el desarrollo de las tecnologías de la comunicación fue una de las principales preocupaciones del gobierno de Porfirio Díaz. Así, en 1905 se decidió emprender en un predio vacante de la calle de Tacuba de la Ciudad de México, producto de la demolición del Hospital de San Andrés, la construcción de un auténtico palacio que alojara a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, al tiempo que mostrara de manera contundente lo que México había avanzado en esa oleada de progreso que experimentaban no pocas naciones del orbe, principalmente en Europa».



Museo Nacional de Arte (Munal)



Eje Central

A finales de la década de 1930 e inicios de 1940, en México había una forma de gobierno estable y una identidad nacional más consolidada. Estos dos últimos rasgos fueron habituales en el discurso oficial del presidente Manuel Ávila Camacho, que favorecía la unidad nacional en un contexto bélico: la Segunda Guerra Mundial había iniciado en 1939 y México participaba en ella del lado de los Aliados.

A cambio de materias primas y minerales para producir materiales de guerra, México recibió recursos y financiamiento que le permitieron activar la industria, la agricultura y la minería, de tal manera que al concluir el conflicto armado, el país experimentó una etapa de bonanza económica que se extendió hasta la década de 1960.

El afán de encausar al país por una vía que lo llevara al progreso se vio reflejado una vez más en la arquitectu-

ra, materializando una nueva concepción del mundo, pero ahora centrada en cuestiones económicas más que en motivaciones religiosas o nacionalistas.

De ello dan cuenta las esquinas que forman el Eje Central con la avenida Juárez. En 1932, frente al Palacio de Bellas Artes se construyó el edificio de la Compañía de Seguros Sobre la Vida, S. A., conocido como La Nacional, que con sus trece pisos y más de cincuenta metros de altura se convirtió en el primer rascacielos de la ciudad.

Enfrente de La Nacional, en el año de 1947, inició la construcción de una torre más alta, de cuarenta y cuatro pisos y ciento ochenta y un metros, en el terreno donde estuvo el viejo edificio de la compañía La Latinoamericana Seguros, S. A. El nuevo edificio fue inaugurado en abril de 1956 y para entonces era el edificio más alto de América Latina.



Torre Latinoamericana y edificio La Nacional



Edificio Guardiola

Ya desde 1938, el Banco de México había decidido construir, en los terrenos donde estuvo la antigua casa de la familia Escandón, un edificio anexo al que ya tenía sobre la calle 5 de Mayo. El Edificio Guardiola –que tomó su nombre de la Plaza de Guardiola, conocida así por la residencia de Juan Ildefonso de Padilla, segundo marqués de Santa Fe de Guardiola, que la habitó a fines del siglo XVIII– estuvo a cargo del arquitecto mexicano Carlos Obregón Santacilia. La construcción levantada en la esquina de Madero y el Eje Central fue hecha con chiluca y revestimientos de mármol, y es uno de los ejemplos más notables de la arquitectura funcionalista en la ciudad.

Y a espaldas del Palacio de Bellas Artes, en el cruce del Eje Central y la avenida Hidalgo, en la década de 1940 se construyó el edificio Mariscala, uno de los rascacielos em-

blemáticos de una cosmovisión que identificaba a México como parte del concierto global. Con veintidós pisos y casi cien metros de altura, esta obra del arquitecto Manuel Ortiz Monasterio también aportó un toque de modernidad al Centro Histórico, pero a diferencia de los edificios vecinos, no sobrevivió hasta nuestros días. Su desaparición no tuvo que ver con la llegada de una nueva cosmovisión, sino con las fuerzas de la naturaleza, ya que su estructura resultó severamente dañada por el terremoto de 1985 y tuvo que ser demolido.

El espacio que dejó el edificio Mariscala es hoy un estacionamiento, como muchos otros que surgieron en los huecos de casas y edificios demolidos después de aquel devastador sismo que, a su modo, también cambió la manera de ver y de comprender a la ciudad. 📍



ACADEMIA NACIONAL DE S. CARLOS.

LA ACADEMIA DE SAN CARLOS

POR RODRIGO FLORES SÁNCHEZ

Con una historia que abarca desde el siglo XVI hasta nuestros días, en este recinto se han forjado generaciones completas de artistas, muchos de los cuales ayudaron a crear buena parte del patrimonio cultural del Centro Histórico.

SI EL VIANDANTE TRANSITA POR LA CALLE DE MONEDA desde el Zócalo capitalino rumbo al oriente, al doblar a la derecha en la primera cuadra se encontrará con los seis medallones que representan los rostros de algunos personajes clave en la historia del arte en nuestro país: Miguel Ángel, Rafael, Jerónimo Antonio Gil, Carlos III, José Bernardo Couto y Manuel Tolsá. Ellos, además, son nombres imprescindibles en la historia del edificio que el viandante tiene delante de sí: la Antigua Academia de San Carlos.

Actualmente, el edificio de tonos anaranjados es la sede de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Artes y Diseño de la Universidad Nacional Autónoma de México. No obstante, este inmueble tuvo otras funciones hasta el año 1791 cuando se convirtió en casa de la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de Nueva España.

Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de la diócesis de México y creador de la Real y Pontificia Universidad de

México, había fundado en ese mismo espacio, alrededor de 1539, un hospital, aprovechando un terreno del arzobispado que iba a ocupar como cárcel. Este centro de salud alojó a gente que padecía de afecciones como la sífilis o mal de bubas, enfermos que no tenían cabida en los escasos hospitales que había en la ciudad.

Por medio de una cédula, en 1546 el rey Carlos V ordenó que las rentas del pueblo de Ocuituco, localizado en el actual estado de Morelos, se reservaran al sostenimiento de ese lugar, que desde ese momento fue llamado el Real Hospital del Amor de Dios; de la misma manera, Zumárraga puso a la institución a nombre de la Catedral y se convino que una parte de los diezmos se destinara a la curación de los enfermos.

El edificio original se amplió pocos años después con las casas que habían sido del Colegio de Niñas indias y más tarde se construyó la iglesia en la esquina que forman la calle de la Academia con la de Moneda.



Durante casi doscientos cincuenta años este hospital –del que Carlos Sigüenza y Góngora, célebre intelectual novohispano, fue segundo capellán– funcionó de forma regular con sus ciento cincuenta camas, hasta que en 1786 los enfermos fueron trasladados al Hospital General de San Andrés, en la calle de Tacuba, donde hoy se encuentra el Museo Nacional de Arte, lo que representó la clausura definitiva del Hospital del Amor de Dios.

Gerónimo Antonio Gil, tallador principal de la Real Casa de Moneda, y Fernando José Mangino, superintendente de la misma, presentaron al virrey Martín de Mayorga un proyecto para instituir una escuela de pintura, escultura y arquitectura. Y, gracias a esta iniciativa, Carlos III aprobó en 1783 el establecimiento de la Academia de San Carlos. Su primera sede fue precisamente la Casa de Moneda, pero el número de alumnos se incrementó tanto que debió arrendarse el sitio que hoy ocupa por la cantidad de mil pesos anuales.

La Academia se instaló en la antigua sede del Hospital del Amor de Dios en 1791. En ese mismo año llegaron desde la metrópoli los famosos profesores Rafael Jimeno, de pintura, y Manuel Tolsá, de escultura, quien trajo consigo una colección de réplicas de yeso de esculturas del Museo del Vaticano, obsequio del rey Carlos III, y que más tarde sería objeto de los elogios del célebre barón von Humboldt. Tolsá se convertiría en una figura clave del Centro Histórico de la ciudad, al participar en la construcción de una nueva cúpula de la Catedral Metropolitana y en la restauración de su fachada principal, en el diseño del Colegio de Minería y en la creación de su obra maestra, la estatua ecuestre del monarca Carlos IV.

En 1794 la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos adquirió el edificio que tenía en renta desde 1791 y lo remodeló completamente, aunque conservó la disposición arquitectónica original. Durante la Guerra de Independen-



cia, la Academia pasó por un periodo de decadencia, ya que minaron los fondos que había para su mantenimiento, por lo que debió cerrar en 1821. En 1824, ya siendo México un país independiente y con Agustín de Iturbide como emperador, reabrió sus puertas, aunque fue hasta 1843 cuando se regularizaron sus finanzas, ya que uno de los tantos gobiernos presidido por Antonio López de Santa Anna estipuló un capital para su sostenimiento.

En 1858, bajo la dirección de Bernardo Couto, se llevaron a cabo los trabajos de remodelación más visibles que hasta el momento ha tenido el edificio. Se encargó este proyecto al arquitecto italiano Javier Cavallari, quien había sido contratado como director del centro educativo. De esta forma, se amplió y se transformó el viejo hospital, lo que dio como resultado la obra arquitectónica que aún hoy nos merece asombros.

La fachada principal, de estilo renacentista, es almohadillada y la ornan los medallones de los que se habló ante-

riormente. También puede verse una copia de la escultura de san Jorge, del artista florentino Donatello, donada por el gobierno italiano a México en el Centenario de la Independencia. En 1913, Manuel y Carlos Ituarte terminaron de construir un domo de hierro y vidrio estilo *art nouveau* para resguardar el edificio.

Generaciones y generaciones de artistas –entre los que se cuentan Pedro Patiño Ixtolinque, Pelegrín Clavé, José María Velasco, Gerardo Murillo, Santiago Rebull, Salomé Pina, Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros o Rufino Tamayo– han dejado su huella entre las aulas de la Academia, ya sea como maestros o ya sea como estudiantes. Y los ecos de la historia del arte en México continúan resonando entre las siempre sorprendentes calles del Centro Histórico. 📍

.....
Academia de San Carlos (Academia 22).



Brevísimo viaje a través del pulque

POR CARINA VÍQUEZ

De origen prehispánico, esta bebida que es parte esencial de nuestra cultura ha tenido un sitio de privilegio en el Centro Histórico, como se rememora en este artículo, centrado entre los siglos XVIII y XX.

EN UN IR Y VENIR ENTRE LOS SIGLOS XVIII Y XX SEGUIREMOS los pasos de esta bebida, cuando en la antigua Ciudad de México el pulque era común y cotidiano, como el café o la cerveza en la actualidad.

Baste decir que en el siglo XVIII había una calle llamada Pulquería de Celaya (hoy República de Perú, entre Argentina y Brasil). Cuenta José María Marroquí, en su libro *La Ciudad de México*, que ahí había una plazuela donde un tal señor Celaya estableció una pulquería bajo un jacalón. Con el tiempo, la gente comenzó a llamar a esta calle con el nombre de la pulquería.

En *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto cuenta que en el siglo XIX aquellos jacalones tenían techo de dos aguas. Había tablonces que fungían como mesas y sillas, y el suelo era de tierra apisonada cubierto de aserrín. Las tinas, con distintos curados, estaban cubiertas con tablas de madera pintadas de colores.

Estos expendios o casillas, como también se les llamaba, estaban a cada paso. Y para vender pulque bastaba con solicitar una licencia que debía refrendarse cada año y era

gratuita. Sin embargo, los vendedores debían pagar impuestos mensuales, así como regular sus pulquerías según una clasificación basada en la calle donde estaba el expendio: de modo que había pulquerías de primera, segunda, tercera, cuarta y quinta clase. Esta clasificación no dependía de la calidad del pulque, sino de su cercanía con la Plaza Mayor, misma que determinaba el ajeteo social, económico y político de la capital.

Así, las pulquerías de primera clase estaban en el Portal de Mercaderes (a un lado del Zócalo), Seminario, Escalerillas (Guatemala), Plateros (las primeras dos cuerdas de Madero) o San Francisco (Madero). De segunda, en las calles del Relox (Argentina), Tacuba, Rejas de Balvanera (Uruguay) o Correo Mayor. De tercera, en Sepulcros de Santo Domingo (Brasil), la Cerca de Santo Domingo (Belisario Domínguez), San Juan de Letrán, Vizcaínas, Mesones o Jesús María. De cuarta, en la calle Puente de Cuervo (Colombia), Del Carmen, Del Apartado o Puente de Alvarado. Y así hasta llegar a las de quinta clase, que estaban en los alrededores de aquella antigua ciudad, o sea, más allá de San Cosme.



El Pulquero, Hipólito Salazar



Museo del Pulque y las Pulquerías

En ocasiones podía haber más de una pulquería en una calle. Entre 1846 y 1861 en la calle del Relox hubo al menos tres casillas (con licencia): una hacía esquina con el viejo callejón del Padre Lecuona (Nicaragua), otra con Santa Catalina y otra más con las Moras (Bolivia, entre Brasil y Argentina).

Tal parece que corría el pulque por aquellas calles. Imaginen entonces que ante tal cantidad de expendios era común abrir y clausurar unas, o descubrir otras en la clandestinidad. Para evitar estas últimas y regular el consumo, cuando algún emprendedor deseaba abrir un negocio, aunque fuera de comida, además de solicitar la debida licencia, debía responder un sencillo cuestionario de diez preguntas. Por ejemplo, según documentos del Archivo Histórico de la Ciudad de México, ya en 1909, un señor llamado Chong Sing Lee solicitó permiso para abrir una fonda en la séptima calle del Relox (hoy Argentina esquina con Ecuador).

Algunas de las preguntas que debió responder nuestro amigo para abrir su fonda fueron las siguientes:

- ¿Hay brasero?
- No, hay estufa, que es alimentada con leña.
- ¿Hay chimenea?
- Sí.
- ¿Hay salida clandestina?
- No.
- ¿Hay ventanas?
- Sí.

Y la pregunta del millón:

- ¿Hay pulquería pared de por medio?
- No.

Este cuestionario no solo da buena idea de cómo era una fonda a principios del siglo xx –con chimenea y estufa de leña–. También muestra lo común que podía ser hallar una



Museo del Pulque y las Pulquerías

pulquería al lado de cualquier casa o negocio, de ahí la última pregunta.

Resulta curioso, cuando no excéntrico, concebir tantas pulquerías, dos, incluso tres, en cada una de las calles del antiguo Centro. Resulta también difícil imaginar, ya desde el siglo XIX, que hubiera casonas a las que llegaba el pulque, ya fuera a lomo de mula o en carreta, directo de Apan, municipio ubicado en el estado de Hidalgo, para su distribución y comercialización en la ciudad. Como ocurría en la casa que hoy ocupa el número 37 de República de Brasil, perteneciente a Leona Vicario y Andrés Quintana Roo, quienes tenían una hacienda pulquera.¹

Había incluso una conocida familia dedicada a la venta de pulque en la ciudad, los Adalid, quienes, señala el doctor Lucio Ernesto Maldonado Ojeda en su libro *El Tribunal de*

vagos de la Ciudad de México, vendían pulque embotellado en la calle del Espíritu Santo (Isabel la Católica entre Madero y 16 de Septiembre). El mismo autor señala que Andrés Quintana Roo fue el primero en envasar el pulque en la ciudad (faceta poco conocida de estos personajes de la historia de México, por cierto).

En todo caso, el pulque era parte efectiva de la vida cotidiana en aquella antigua ciudad. Involucraba todas sus calles y habitantes. Hoy, en cambio, ha quedado un tanto en el olvido. Respecto a las pulquerías, ya solo hay unas cuantas, y debemos recorrer varias cuadras para hallar la esquina exacta. Quizá una de las más populares y que ha resistido los embates del tiempo ha sido La Risa, en la calle de Mesones, que opera desde 1903, y que, luego de cerrar debido a la pandemia, reabrió sus puertas el pasado 18 de mayo de 2021. Poco pulque queda en estas calles, es cierto, pero, aun así, sigue de pie en las históricas calles del Centro. 📍

¹ Sobre este tema: Alejandro Luévano Pérez, *Leona: Inquebrantable simiente de la patria*. Agradezco al autor por los datos proporcionados.



Foto: cortesía Museo Franz Mayer



Foto: cortesía La Casa del Cine MX

Colección Ruth D. Lechuga

Ruth Deutsch Reiss fue una austriaca que llegó como refugiada a México en 1939 huyendo de la persecución nazi al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Aquí ingresó a la carrera de enfermería en la Cruz Roja para después estudiar medicina en la Universidad Autónoma de México. Su padre fue un gran aficionado a la antropología y Ruth se enamoró de la fotografía y el coleccionismo, así que comenzó a adquirir piezas artesanales, cerámicas y textiles. Después de varios años, Ruth D. Lechuga reunió alrededor de trece mil piezas de arte popular mexicano.

En 1995 se formó un patronato dedicado a mostrar el valor histórico y antropológico de esta colección, que desde 2004 es parte del acervo del Museo Franz Mayer y ahora lo comparten con el público.

Desde la página web del museo se podrán conocer las veintidós ramas artesanales de la colección, que incluyen máscaras, indumentaria, textiles, piezas lacadas, cerámicas y muchos juguetes, todo para celebrar el legado de los artesanos y disfrutar de la riqueza cultural de México. Cada imagen viene con ficha técnica que detalla el nombre de su autor, el año de creación, su procedencia y una pequeña biografía del artista.

.....
Vela en: franzmayer.org.mx/colecciones/ruth-d-lechuga

Centro de mi corazón

Después de cerrar sus puertas en diciembre de 2020 a causa de la pandemia, el emblemático cine del Centro Histórico, La Casa del Cine MX, nos sorprendió, ya que el pasado mes de mayo anunció su reapertura gracias a nuevos inversionistas.

Uno de sus objetivos es el de seguir programando cine nacional contemporáneo con mayor frecuencia y así convertirse en la casa de cintas como *Güeros*, de Alonso Ruízpalacios, o *Esto no es Berlín*, de Hari Sama. Si bien sus puertas están abiertas, el aforo es limitado, por lo que es importante consultar su página web antes de ir.

Adicionalmente, ahora presenta su canal La casa del Cine TV, con el proyecto Centro de mi corazón, un archivo audiovisual contemporáneo en colaboración con el Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México, con minidocumentales de esta zona que abordan temas como la cultura *skate*, el arte urbano, la arquitectura y algunos lugares emblemáticos del Centro.

.....
Velo en: lacasadelcine.mx/la-casa-del-cine-tv



Foto: cortesía Cineteca Nacional



Foto: cortesía Hablemos de ópera



Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Pedro Infante: ícono del cine mexicano

Entre numerosos rasgos de identidad, México es conocido por su talento cinematográfico, el cual ha suscitado interés fuera de las fronteras, desde la Época de Oro hasta el momento actual. En este contexto, uno de los más grandes íconos es el gran Pedro Infante, actor y cantante que protagonizó obras maestras como *Dos tipos de cuidado*, *Los tres García* y *Nosotros los pobres*.

En 2017, se cumplió el centenario de su nacimiento (18 de noviembre de 1917) y, para celebrarlo, la Cineteca Nacional y el proyecto Google Arts & Culture presentaron el minisitio *Pedro Infante: ícono del cine mexicano*. Ahora el programa *Contigo en la Distancia* lo retoma para dar a conocer los datos más relevantes del actor mazatleco.

El visitante podrá ver abundante material fotográfico de rodajes de películas como *El organillero* y *Pepe El Toro*, además de la documentación de cómo vivió la Ciudad de México su funeral.

.....
Velo en: artsandculture.google.com/exhibit/JwISiXkpkxKYLg?hl=es

Hablemos de ópera en casa

Gerardo Kleinburg es un crítico, narrador y promotor musical que ha sido director de la Compañía Nacional de Ópera de México, de la carrera de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como de La Casa del Lago. Ha trabajado en un sinnúmero de medios, transitando entre programas televisivos y radiofónicos. Y ahora, a través del programa *Contigo en la Distancia*, presenta *Hablemos de ópera en casa*. Pequeñas cápsulas en video para ayudarnos a estar más cerca de este género musical teatral con raíces tan variadas, como la tragedia griega y los cantos de carnaval italianos del siglo XIV.

En esta serie, Gerardo Kleinburg describe, presenta y analiza temas como los errores más frecuentes que cometemos cuando hablamos de ópera y de obras clásicas; además tendrá entrevistas con artistas como Arturo Chacón-Cruz, Plácido Domingo y Ainhoa Arteta.

.....
Velo en: contigoenladistancia.cultura.gob.mx/detalle/hablemos-de-opera-en-casa-con-gerardo-kleinburg

Certezas/Incertidumbres

La galería del Museo de Arte Popular recibe la exposición *Certezas/Incertidumbres* de la artista Jeannette Betancourt Díaz, con un total de quince obras divididas en instalación, arte objeto, escultura, estampado, fotografía, relieve y mantas. La muestra aborda temas actuales como la ecología, la energía, la pérdida de entornos para las especies y, por supuesto, la pandemia y sus repercusiones en el medio ambiente mediante una colección de tapabocas que la artista fue documentando mientras hacía recorridos matutinos por la ciudad.

La exposición presenta diversas aristas temáticas que convergen de cara al futuro y estará abierta al público hasta el próximo 8 de agosto.

.....
Museo de Arte Popular (Revillagigedo 11). Martes a domingo, de 10 a 18 horas.





Oficios y compras en el Centro Histórico

¿Sabías que hay calles dedicadas a vender un solo tipo de producto? Así ha sido desde los orígenes de la ciudad porque los artesanos o comerciantes se agrupaban y entonces la gente sabía a dónde ir cuando necesitaba algo.

Muchas calles adquirieron el nombre del oficio o la mercancía que se vendía en ellas; algunos de los productos o los oficios ya no existen y las calles han cambiado de nombre, pero la costumbre de reunir el mismo tipo de comercios en un lugar está igual de viva que siempre.

En este juego vas a descubrir algunas de estas calles.

Instrucciones

- Necesitas un dado y una ficha para cada jugador.
- Tira el dado y avanza el número de casillas que indique.
- Recorre las calles y fíjate como algunas de ellas te llevan de regreso y otras te permiten avanzar más rápido.

